

0. INTRODUCCIÓN

Me encontré con Bartolomé Jiménez Patón de una forma que se puede llamar casual: buscaba la documentación de no sé qué personaje en el Archivo Diocesano de Toledo y, de pronto, apareció un documento de un joven bachiller natural de Almedina que pretendía hacerse clérigo y que resultaba rechazado por el informe negativo de dos personajes de la ciudad de Alcaraz, donde impartía sus clases de gramática. El joven era, claro es, el que se convertiría con el tiempo en el maestro Patón. Personalmente siempre me había sentido atraído por la *Elocuencia española en arte*, muy relacionada con la ciudad de Toledo, pues se imprimió allí, en 1604, y con los intelectuales de la ciudad, especialmente con los poetas de la Academia de Fuensalida y con Lope de Vega, por entonces residente en ella. Pero el hallazgo de los citados documentos vino a incrementar mi curiosidad.

Una segunda casualidad vendría a sumarse a la anterior, el conocimiento de los descendientes directos del maestro que aún conservaban restos de su apreciable biblioteca. Casi por milagro, un día levanté el teléfono y encontré al otro lado la voz de doña Caridad Patón. Me parecía estar hablando directamente con el siglo XVII, y desde luego la ayuda que me prestaron ella y sus hijos fue capital para conocer nuevos libros perdidos, como el *Libro de la cuenta y razón* y un tomo de su obra completa, los *Comentarios de erudición*. Todavía recuerdo nuestra cita en el café Gijón, como mandan los cánones filológicos, a la que aportó doña Caridad el primero de los dos libros manuscritos.

Casualidad sobre casualidad, paseando un día por las calles de Toledo me topé con el profesor Theodore S. Beardsley, el cual participaba en un congreso sobre la *Celestina* que se estaba celebrando en esos días. Yo conocía de nombre a este investigador, uno de los grandes estudiosos de la obra de Patón, por sus trabajos sobre el humanista, pero a partir

de aquel momento empezamos a intercambiar libros e impresiones. También casualidad, y de las más gratas, fue la coincidencia con mi amigo el profesor Jaime Garau, quien por azar envió un trabajo sobre el mismo libro inédito de Patón a la misma revista que lo hice yo y en la misma semana. Ambos trabajos se publicaron juntos, uno detrás de otro, y a partir de entonces nos han hecho andar juntos también a los dos autores y perseverar en la edición de otras obras del maestro.

Por fin, fruto de la casualidad, sumado también a unas gotas de perseverancia, fue el hallazgo de algunas obras que se creían perdidas como el *Instrumento necesario* y de otras que no se conocía que hubiera compuesto, como las *Instituciones gramáticas*. Me puso sobre la pista mi amigo Valentín Moreno, bibliotecario de Palacio, quien me habló de ciertas obras que él había encontrado en una bien abastecida biblioteca privada, la de la Fundación Zabálburu.

A ese cúmulo de casualidades se une el hecho de la importancia de la figura del maestro manchego. Creo que tiene sentido recordar hoy a Bartolomé Jiménez Patón, porque fue un sabio humanista del XVII, amigo de las más importantes figuras de la literatura de entonces, como Lope, Quevedo y otros. Tiene sentido no solo por el valor arqueológico que su persona pueda representar, sino también por la importancia de su pensamiento, tanto en lo que se refiere a la lengua como en lo que tiene que ver con la literatura y otras disciplinas, y por el interés que sus ideas y sus obras despertaron y siguen despertando entre los estudiosos, ahora que se cumplen cuarenta años desde que dos grandes maestros llevaran a cabo su investigación sobre el humanista, los profesores Juan Manuel Rozas y Antonio Quilis, ambos desaparecidos ya.

Es cierto que la figura de Patón ha alcanzado el reconocimiento crítico que se merecía, particularmente en sus obras de materia gramatical, ortográfica o retórica y que su nombre aparece citado normalmente entre Nebrija y Correas, muchas veces acompañado también por el del Brocense o Simón Abril. Pero los nuevos hallazgos de obras que se consideraban hasta ahora perdidas o de aquellas que no teníamos constancia que escribiera justifican una nueva mirada hacia este escritor tan variopinto, que vivió en un medio propicio para la creación intelectual. Su círculo de amigos en el Campo de Montiel fue tan importante como la vida cultural que en aquel entonces gozaron localidades como Villanueva de los Infantes, principalmente, pero también La Torre de Juan Abad, Alcaraz, Beas del Segura, Baeza y otros

lugares donde se fueron diseminando los alumnos y amigos de Patón a lo largo del siglo. El humanista intentó conseguir el puesto de catedrático de Gramática en localidades como Jaén (muy relacionada con su vida y su obra, pues no en vano escribió junto a Ordóñez de Ceballos la *Historia de Jaén*) o Almagro, e impartió clases, además de en Villanueva, en Alcaraz y otros sitios. Todos esos lugares, entonces muy cercanos, aparecen en su vida y en su obra. Por si fuera poco, la Inquisición de Villanueva, que dependía orgánicamente del tribunal de Murcia, nombró a Patón su notario apostólico y esa cercanía pudo depararle la amistad del erudito murciano Cascales; además, fue correo mayor de la villa, según algunos, por merced de su antiguo discípulo, el Conde de Villamediana, aunque tal dato no está comprobado.

Intelectuales de su entorno muy relacionados con Villanueva de los Infantes fueron Quevedo (al menos desde 1610 hasta la muerte del maestro, en 1640); don Jerónimo de Medinilla y Porres, los dos Fernando de Ballesteros y Saavedra, emparentados entre sí; amigos de otros lugares son el valdepeñero fray Miguel Cejudo, pero también Cascales, Lope y otros, si bien alejados de la geografía patoniana, cercanos en su corazón y en su obra. Muchos de ellos recomendaron con sus escritos las obras del maestro o del amigo que fue Patón y extendieron su doctrina.

Se ha planteado la existencia de un círculo intelectual en La Mancha, en torno a Infantes, cabeza del Campo de Montiel en su tiempo, que propició buen número de obras humanísticas y literarias, desde la *Elocuencia española en arte*, del propio Patón, a la traducción de la *Utopía*, de Medinilla y Porres o de la *Comedia Eufrosina*, que se debe a Ballesteros y Saavedra. Otros nombres destacados de preceptores de gramática e intelectuales colaboraron con sus versos o sus aprobaciones a los libros de amigos. Quevedo y Patón firman cada uno una aprobación o juico preliminar a las dos últimas obras citadas, entre 1631 y 1637 y colaboran también en el *Discurso de los tufos* del segundo, impreso en 1639, pero escrito seguramente hacia 1627.

Los profesores Antonio Quilis y Juan Manuel Rozas, ilustres patonistas ya citados, hablaron de una escuela de gramáticos olvidada y de un círculo de intelectuales en torno al sabio maestro de Almedina. El conjunto de su obra muestra la influencia que ejerció sobre la cultura española de entonces y el número de veces que se ha reeditado su libro más famoso, la *Elocuencia española en arte*, nos habla del interés que sigue

despertando en nuestros días, por haber sido uno de los primeros en escoger autoridades en español para ilustrar los ejemplos de una retórica.

A lo largo de estas páginas nos proponemos explicar ese y otros asuntos y tratar la figura del humanista manchego y de sus circunstancias con la atención que se merece. Por otra parte, queremos dar a conocer nuevos textos que ayudan a comprender su ideología y su obra, de ahí que reproduzcamos algunos textos inéditos o nunca editados hasta ahora desde que se imprimieran en el siglo xvii. En esta situación se encuentran los dos libros importantes, que ahora se ofrecen, el manuscrito inédito y hasta hace poco perdido *Instrumento necesario* y el impreso nunca reproducido desde que apareciera en 1612, *Perfecto predicador*. Como ambos rondan la fecha emblemática de 1605, pensamos que junto con la *Elocuencia*, ya suficientemente editada, forman una trilogía que es preciso se conozca en sus propios términos para hacerse una idea cabal del sistema retórico del maestro. Por tanto, no se lo puede seguir censurando, como hacía Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas* cuando señalaba que Patón «estudia únicamente la elocución» y porque excluye de la retórica la invención y la disposición¹; lo que ocurre es que estas últimas las considera parte de la Dialéctica y de ellas trata precisamente en la obra ahora recién descubierta, el *Instrumento necesario*.

Sólo me resta añadir que algunas partes de la introducción de este libro han visto la luz en las revistas que se expresan en la bibliografía, concretamente en los trabajos que allí menciono. Lógicamente, al reeditarlos ahora he corregido, añadido y actualizado los datos que aportaban y no mantengo tampoco su estructura. Procede el resto de nuevas investigaciones sobre el humanista.

Por último, quiero dejar constancia aquí de aquellas personas e instituciones de que una u otra manera han contribuido a la existencia de este libro o a su mejora. Conste mi gratitud a doña Caridad Patón, a Salvador Contreras y al Instituto de Estudios Giennenses; a Julio Porres de Mateo y a la Diputación Provincial de Toledo, a los compañeros, amigos y alumnos de la Universitat de les Illes Balears, a Julio Alonso, de la Universitat de València y, especialmente, a Jaume Garau, Carmen Bosch y Juan Miguel Monterrubio, y, por supuesto, a Ignacio Arellano y José Antonio Pascual.

¹ Menéndez Pelayo, 1974, I, p. 669.